

CARACAS

(UNO DE ESOS MEDIODÍAS)

— ¿Han reservado mesa? Ha preguntado la recepcionista a los tres comensales a la entrada del restaurante La Bouville mientras se apoya ligeramente en el atril en que reposa el libro de las reservaciones del día.

— A nombre de Agustín Blanco — ha dicho el que lleva la voz cantante.

— ¿Van a ser tres? — ha vuelto a preguntar la muchacha mientras busca el nombre en el libro y repasa mentalmente la extraña catadura de los tres individuos.

El de la voz cantante ha tenido un momento de duda y luego ha replicado:

— Los tres.

— Acompáñenme — dijo la recepcionista y los situó en uno de los salones internos a esa hora vacío. Les ha deseado buen apetito y ha regresado a su puesto de mando.

De nuevo frente al atril, ha tomado el teléfono interno y se ha comunicado con el dueño, el señor Berger, para informarle de la novedad.

— Han entrado tres sospechosos que pretenden hacerse pasar por ejecutivos de alguna empresa importante, pero los traicionan la vestimenta y los modales. Fingen.

—No pases a nadie a ese salón, ya veremos qué es lo que vamos a hacer con los tipos —ha respondido el dueño.

Acto seguido, se comunica con el jefe de seguridad para observar desde la mezzanina, donde el dueño de La Bouville tiene la oficina, a los tres individuos que tan mala espina han dado a la recepcionista.

—Pertenecen a una banda de secuestradores —dijo Jairo, el jefe de seguridad, al que llaman “el Colombiano”. Hay que tomar medidas inmediatamente. La primera es sacarle a usted de aquí.

Jairo habla por el celular con uno de sus subordinados y le ordena que movilice dos vehículos. Uno para recoger al señor Berger en la puerta principal del restaurante y el otro, con dos hombres, para revisar en el estacionamiento y verificar si en alguno de los automóviles estacionados hay uno o dos hombres dentro y no perderlos de vista.

Así se hizo.

Minutos después, el señor Berger se dirigía por la Cota Mil, en sentido oeste, hacia la urbanización Bello Campo donde tiene su residencia.

Los dos hombres del equipo de Jairo que habían inspeccionado el estacionamiento reportaron que, efectivamente, había una camioneta Toyota con un hombre dentro en el puesto del chofer.

—En diez minutos voy a sacar a los tres sospechosos del comedor y una vez que aborden el vehículo donde los espera el chofer de la Toyota, les montan un seguimiento y nos mantenemos en comunicación. ¿Tienen con ustedes la caja de las herramientas?

—Así es —respondieron.

—Pues, ¡cuidado con fallar!

Terminada esta conversación, Jairo en persona con otros dos camareros —que no eran tales, sino elementos de su equipo de seguridad— se situó de improviso frente a los tres hombres que bebían en silencio en ese momento una coca cola, conminándoles:

—Tienen que abandonar el local.

—Y ¿eso?, tenemos derecho... —respondió uno de ellos.

Jairo entonces y los falsos camareros se situaron a la espalda de cada uno de los sospechosos y les pusieron el cañón de las pistolas a la espalda: “Ahora se colocan de cara a la pared con los brazos en alto”. Con la precisión de un profesional, Jairo les ha sacado las armas que traían en la sobaquera.

—Rápido —dijo Jairo— salgan sin hacer ruido, no sea que no la cuenten...

El que llevaba la voz cantante tuvo tiempo de mirar a Jairo con los ojos inyectados de odio e hizo un gesto a los otros dos para que le siguieran.

Se dirigieron sin titubeos hacia el estacionamiento donde estaba el vehículo en el que permanecía un chofer en espera de que los compañeros dieran el golpe, se montaron y se largaron.

Detrás de ellos, disimuladamente, les siguió el auto con los dos individuos que Jairo había hecho venir. Eso fue todo, de momento.

El restaurante La Bouville —gastronomía francesa— era tradicionalmente uno de los de mayor facturación en Caracas. Disponía de tres salones y los comensales, sin que de ello fueran muy conscientes, eran situados en uno o en otro de acuerdo a determinadas preferencias, que solían responder al rango de influencia que ocuparan en la sociedad. Los de mayor prestigio eran situados en el salón más lujoso y más discreto a la vez. Para los del montón —que en el argot se conocían como el de los “indocumentados”— estaban los otros dos salones, indiscriminadamente. La clave del asunto dependía de Ángela, la recepcionista, quien tenía previsto, en razón de las reservaciones, a quiénes debía colocar en un lugar o en otro.

En otra época, cuando había ministros que no se limpiaban la boca con la mano ni pedían a gritos lo que querían las reglas eran más estrictas; ahora, las preferencias tendían más que hacia las gentes de poder, hacia las que tenían la mano puesta en el dinero. Por otra parte, la gente en el poder, con excepción de algunos cargos de segunda categoría, no

eran comensales frecuentes en La Bouville desde que la revolución chavista había comenzado a imponer sus reglas.

Al señor Berger, el dueño de La Bouville, ya en su residencia, la imagen de los tres delincuentes se le había fijado en la retina como si se tratara de un alimento imposible de digerir. Eran demasiadas las preguntas sobre lo que podría haberle sucedido de haber llegado a caer en manos de esos tres o cuatro desalmados. ¿Quién estaba detrás de esto? ¿Quiénes eran los padres de estos muchachos y qué había fallado en su educación? ¿Por qué habían dado en la delincuencia?

Lo cierto es que las cosas estaban empeorando. Desde que secuestraron meses atrás al dueño de uno de los más famosos restaurantes españoles de Caracas (después de haber pagado un rescate descomunal estas son fechas en que la familia no tiene noticias), resultaba perentorio protegerse. El señor Berger estaba soltero y se daba el caso de que una buena parte de las vicisitudes en las que se había visto envuelta su vida se debía al hecho de que su padre les hubiera abandonado a él y a su hermano un buen día, sin dejar el menor rastro. Una especie de secuestro al revés, en todo caso.

Ya antes de lo ocurrido con el restaurador español, el señor Berger —nacido en la ciudad de Orán— había pensado tomar las precauciones del caso. Una de ellas era la de echar mano del expediente del arte francés de la guerra: la huida a tiempo, convertida posteriormente, en victoria. Es lo que llaman los marinos correr un temporal de proa, es decir, huir hacia delante a todo vapor ante la amenaza de un naufragio. En esto pensaba en su residencia, a salvo de caer en manos de los tres tipos sobre los que alertó con tan buen tino Ángela, la recepcionista. El equipo de protección personal no hubiera podido hacer gran cosa sin la corazonada de la recepcionista.

Lo cierto es que al tratar de fijar como si se tratara de un hito, tal como ocurre con aquellos acontecimientos que arrastran consigo una desgracia personal, nada de interés en el mundo exterior había en esos días. En el interior, el desasosiego porque los secuestradores le

estaban obligando a cambiar una vez más su vida. Era el momento de volver al pasado, a la ciudad desde donde había emigrado a Venezuela. Otras posibilidades de residencia no constituían solución alguna.

Diecinueve años atrás, la muerte de una mujer en la que no tuvo arte ni parte —la de la viuda de quien fue su jefe— le había impulsado a venir a estas tierras. Y otra muerte, tal vez cuádruple —según sospechaba— le empujaba ahora a regresar al punto de partida. Y aunque las cosas entonces se arreglaron y volvió a ser un hombre libre, no tuvo más remedio que abandonar el país al que había emigrado por primera vez. A excepción de pasar sus vacaciones otoñales en la ciudad de Le Havre, en una casa comprada con el excedente de sus ganancias caraqueñas, no pensó que algún día tuviera que regresar para fijar allí residencia. Claro que entre el René Berger que vino y el que iba a regresar definitivamente en los días venideros —si se decidía a echar mano del principio del arte francés de la guerra— había una gran diferencia: la que hay entre un asalariado con un jefe a quien obedecer y el hombre acaudalado de ahora, con suficientes recursos para no depender de nadie.

En cuanto a los tres secuestradores y si había otro u otros dos más en el intento, ya sabía lo que iba a sucederles, pero de lo que se trataba era de desconocer los detalles, porque Jairo iba a cumplir con el código aplicable en estos casos y que funcionaba como una ley en el *underground* venezolano. Si un robo o un secuestro se frustraban, los delincuentes volverían con mayor ímpetu, con nueva estrategia. Por tanto, el dilema era muy claro en casos como el que acaba de suceder: o ellos o tú.

Al señor Berger, por más vueltas que diera al asunto, por más que se hubiera preparado mentalmente para afrontar una situación como esta, la imagen de los individuos con sus trajes de ocasión, cuya única finalidad no era otra que la de ocultar las armas, no acaba de borrarse de la retina.